

ATIENZA LÓPEZ, Ángela (ed.), *Iglesia Memorable. Crónicas, historias, escritos... a mayor gloria. Siglos XVI-XVIII*, Madrid, Sílex, 2012, 386 pp.

Afortunadamente la historiografía sobre la Iglesia hispana en la Edad Moderna ha dado pasos de gigante en las últimas décadas. Por no mencionar otros hitos concurrentes, hay que subrayar la ampliación temática de las investigaciones junto a la consolidación de equipos de trabajo. Sus frutos son evidentes y están a la vista de todos. El proceso, sin embargo, presenta también sus debilidades, entre las que destacan la dispersión temática y la variedad metodológica.

Ello es en muchos casos la expresión de ese amplio abanico de temas, insospechados años atrás, que hoy son motivo de análisis y adquieren carta de naturaleza en el horizonte historiográfico. De ese momo, una fase inicial de estudios mayoritariamente institucionales que evidenciaron la multitud de estructuras y organismos en que se articulaba la Iglesia española bajo el Antiguo Régimen ha dado paso a otra donde el análisis de fuentes diversas y fecundas, lo discursivo y lo simbólico, el poder de la representación y de la imagen o la comparación de la extensa casuística acaparan el primer plano de la actualidad historiográfica.

En ese esperanzador y atractivo terreno se instala esta obra colectiva, nacida principalmente de la colaboración entre dos proyectos de investigación coordinados, que abreviadamente responden al nombre de “Discurso religioso” e “Iglesia memorable” y engloban a destacados investigadores de las universidades de Zaragoza, Autónoma de Barcelona y de La Rioja. Es precisamente la profesora de esta última, Ángela Atienza López, la editora de esta obra tan singular como esclarecedora.

La obra parte de una premisa: el control del recuerdo es el control de la memoria. Y esa memoria colectiva, histórica, es el eje de los trabajos. Así, si por un lado se refuerza el papel de las fuentes, sobre todo discursivas, por otro resulta esencial conocer su alcance, sus fortalezas y sus lagunas. Y también el medio que utiliza, partiendo de la difusión/legitimación de su imagen y su poder, donde tiene amplia cabida lo providencial y maravilloso. Esa es la imagen “memorable, perdurable y triunfante” que nos ayudan a desvelar autores solventes y muy reconocidos.

Contiene aportaciones que son exponente del abordaje historiográfico de determinadas temáticas, como hace R. García Cárcel sobre los manidos términos de tolerancia y anticlericalismo, destacando el discurso alternativo a la Inquisición en la España de los Austrias o las raíces plurales del anticlericalismo, una manifestación, por cierto, de un ataque a la Iglesia que con anterioridad carecía de atrevimiento para hacerlo. Sus magistrales reflexiones llegan, de ese modo, hasta hoy. La interesante vinculación entre historiografía religiosa y conflicto ideológico en el siglo XVII es abordada con maestría por M. Olivari. Sus ejemplos son reveladores de la erudición histórica al servicio de intereses

espurios, como puede ser un ajuste de cuentas entre autores o las frecuentes rivalidades de escuela. Personajes denostados o rehabilitados, en medio de descaradas manipulaciones, transitan por las páginas de su artículo. Algunas de esas competencias, en concreto entre dominicos y jesuitas en la Cataluña moderna, están presentes en el estudio de R. M^a. Alabrús Iglesias, no exentas de matices políticos y, en especial, del juego entre regalismo y ultramontanismo, que no deja al margen la peculiaridad foral y cultural catalana, y el empeño de superar la simple confrontación entre modernidad y tradición.

En el apartado de fuentes, A. Atienza se encarga de las crónicas de órdenes religiosas, insistiendo en las posibilidades y limitaciones de esta fuente de la que, para su comprensión, ofrece los códigos discursivos que la definen y que urdían el “orgullo colectivo” de la orden o el convento como “identificación del conjunto social” que lo sustentaba, es decir su proyección interna y externa a la vez, una promoción por elevación, en suma. Ciertamente, la de fundar era toda una aventura, como propone en su trabajo E. Catalán Martínez, con unas premisas comunes aunque con modelos diferenciados en las distintas órdenes, analizando de este modo la decisión inicial, los permisos requeridos, los viajes, la elección de casa o la necesaria financiación, sin olvidar las descripciones de milagros, prodigios y “casos dignos de memoria”. Por su parte, E. Serrano aborda la sublimación de la imagen de El Pilar de Zaragoza en el seiscientos, fortaleciendo una tradición de dudosa historicidad con sentimientos a la par marianos y “nacionales”, con formulaciones tanto cultas como populares, que despiden un fervor no ceñido a la “cordura humana”.

Las fundaciones conventuales desarrollaron su peculiar narrativa, que desbroza con minuciosidad J. García Bernal para el caso de los mercedarios descalzos de La Almoraima (Cádiz), con tintes heroicos y carácter de “palabra revelada”, que muestra un tiempo nuevo de perfección —ratificado por la aquiescencia divina— con una dimensión mística y emotiva que enmascara los procesos históricos. En su aportación a la “república literaria” y al criollismo cifra B. Hernández su aportación, sobre la crónica dominica indiana de fray Juan Meléndez, que llega a presentar la conquista “espiritual” de las Indias como una compensación del fracaso de una Europa “sumida en el piélago del protestantismo”, lo que refuerza su complaciente participación en el criollismo cultural. También las crónicas oficiales de la Compañía de Jesús en Filipinas a cargo de Pedro Chirino y Francisco Colín, analizadas por E. Descalzo Yuste, abundan en una realidad natural y cultural en la que los jesuitas vienen a representar una acción “civilizadora” en clave providencialista. Y aún el análisis de alguna temática concreta, como hace R. Pérez García con la crisis espiritual del Quinientos a través de la cronística franciscana, nos depara una visión siempre edificante, por contradictoria que parezca a tenor de determinadas máculas —por ejemplo, inquisitoriales— deliberadamente omitidas desde su tono hagiográfico-moralizante.

Y es que aquellos discursos calaban en el tejido social, como queda patente en el análisis que hace M. Peña Díaz de lo cotidiano en la “memoria inquisitorial”, que extraordinariamente se muestra en el carácter infamante del espacio público y de la opinión, reflejados en las decisiones sobre la permanencia o retirada de los sambenitos de la pública contemplación. Una dimensión cotidiana que alcanzaban también determinadas devociones, como aquellas de santos y vírgenes españolas trasplantadas a América, objeto del trabajo de G. Pagès; en una clara estrategia de poder, reforzaron el edificio colonial, como lo muestra en los casos del beato Buenaventura Gran y de la Virgen de Montserrat durante los siglos XVII y XVIII.

Estos procesos de “fabricación” se hallan también en la historia del papado, como evidencia el trabajo de Marina Caffiero desentrañando un lenguaje triunfante y unos ritos, exaltadores de la primacía, de la más pura estirpe contrarreformista (“reconquista” católica en medio de un contexto de crisis de la autoridad papal). Y, un escalón por debajo, la exaltación del episcopado, como la muestra C. Blanco Fernández en relación con el “archiepiscopologio tarraconense” del canónigo Blanch en el siglo XVII, sobre la base declarada de un espíritu crítico y riguroso, que no es óbice para hacerse eco de tradiciones con dudoso fundamento histórico, cuando no de flagrantes crímenes, todo ello junto a móviles políticos y locales —fidelidad al rey, catálogo de virtudes, primacía eclesiástica tarraconense— expresados en clave de exaltación.

No se descuida el tratamiento “hagiográfico” de algunos personajes, como el jesuita Juan Sebastián de la Parra, a cargo de J. L. Betrán, siguiendo el patrón “narrativo y retórico” al uso, claramente dirigido a la probanza de la “santidad”, pese a que muchas causas, como ésta, nunca se introdujeran en la curia vaticana. Otra vertiente de la santidad, muy fecunda a día de hoy, es el análisis de las fiestas de canonización; en concreto de la interesante “santidad monárquica” se encarga C. Vincent-Cassy, con una capacidad de discernimiento nada habitual en torno a las trece canonizaciones de santos españoles durante el siglo XVII, entre las que distingue distintos estadios: lo local, lo universal, lo “nacional” y, por supuesto, lo monárquico. Y, aún por debajo, el prolijo género de crónicas de órdenes religiosas, convertidas en “catálogo de santidad”, como titula su estudio sobre la provincia franciscana burgalesa F. Muñoz Sánchez, de forma que al servicio de una propaganda implacable, se difundía una identidad distintiva en tono condescendiente, institucional y, por ende, claramente dirigido a un consumo interno, formulando la santidad “más apropiada a su presente”, y de forma especial en el caso de las religiosas.

Queda, pues, claro que las distintas instancias eclesiásticas se afanaron en la forja de su propia imagen, deparando para el futuro un discurso bien codificado que responde a unos fines concretos: la mayor gloria de Dios identificada con la exaltación de sus respectivas instituciones. Así se desvela en un libro que, como los de esta clase, amalgama perfectamente las reflexiones de autores consagrados

con las firmes aportaciones de otros que se adiestran hoy por hoy en el terreno de la investigación histórica. Excelente exponente del quehacer del historiador que nunca saca a las fuentes todo el fruto que desea y que a menudo asume, inconscientemente, sus trampas e imprecisiones. Pero si fundamental resulta saber lo que ocurrió, no menos importante es preguntarnos cómo se describió en su momento y cómo se ha preservado ese saber a lo largo del tiempo. Tarea apasionante a la que esta obra colectiva hace una aportación realmente brillante en su conjunto.

Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz